

INFORMACIONES ESPECIALES

DICE CANALEJAS

Odio habuacant corripitorem in portam, et loquentem perfectis abominati sunt.

Aborrecedor al que los corregía en la puerta; y abominaron del que hablaba lo justo.

(La profecía de Amós, cap. V, vers. 13.)

—D. José, tenemos que hablar.

—Ya sabe usted que con mucho gusto; pero nada de política, ¿eh?

—Nada de política. Yo sé que usted es ministerial y no he de mentar la saga en casa del ahogado. Pero sabe usted bien que, sin rozar la disciplina, hay muchas cosas en el ambiente público perfectamente, absolutamente opinables. Hablaremos, pues, de ellas, ¿verdad?

—Veamos cuáles son.

—Pues mire usted, dicen por ahí que se va a afrontar en las Cortes el difícil problema de la incompatibilidad. ¿Qué tal, si la cosa fuese en serio?

—Muy bien. Por mi parte, perfectamente. Vaya delante mi creencia de que será trabajo perdido.

—Lo que dice la gente por ahí; si el Congreso está lleno de magistrados, de catedráticos, de consejeros, ¿cómo estos mismos individuos, a quienes les va en el machito ricamente, cobrando sueldos y siendo diputados, van a votar contra sus propios sueldos ó a arremeter contra sus actas propias?

—Yo, en eso de la incompatibilidad, había de ser radicalísimo. La llevaría a punta de lanza. Y no ya sólo como esbozo Silvela, declarando incompatible el cargo de diputado a Cortes con los Consejos de ferrocarriles, sino con la Magistratura, con todo lo que sea Administración. Yo hacía incompatibles a los concejales y al gobernador de Madrid, quizá a los directores generales y desde luego a los subsecretarios.

En el Senado no, porque el Senado tiene una base representativa; pero en el Congreso, rapito, a rajatabla. Creo, además, que la incompatibilidad creada al Congreso más prestigio.

—No se puede estar en misa y repicando, haciendo leyes y administrándolas a la vez, siendo, al mismo tiempo, juez y parte.

—Eso creo yo. Además, como el cargo de diputado da condiciones para mil destinos, en cuanto se declarase la incompatibilidad absoluta, pura, completa, desaparecería la tentación. Si hay un proyecto de incompatibilidad, mi voto irá de los primeros.

—Parece que el Gobierno se decide a la política hidráulica.

—Yo, si por política hidráulica se entiende llenar a España de canales y pantanos, sin el complemento científico y político y lógico, soy enemigo de la política hidráulica.

—Y cuál es ese complemento?

—La política de exportación. Preparar mercados, labrar lugares para nuestros vinos, ir, de nación en nación, a conquistar palmo a palmo la venta. Antes que crear cosas hay que saber para qué se crean, cómo y dónde se van a colocar. Aun cuando hiciéramos de España un vergel, sin mercados no nos serviría. Se habla de cultivo intensivo, de aumentar nuestra producción, y yo pregunto: ¿Para qué? ¿Nos faltan vinos? ¿No nos están sobrando los aceites? ¿Qué haríamos, si por el deseado milagro agrícola, volviésemos España a ser granero del mundo? Tener los cereales pudriéndose en los trojes, como el vino en las bodegas y el aceite en nuestras tinajas.

Esos himnos a la producción milagrosa, deben cantarse a la exportación racional. Cuando yo fui ministro de Fomento, hice algo en provecho de la exportación. Las estaciones onotónicas en Burdeos y en Cetta, las Cámaras de Comercio en Marsella, en Argel y en Tánger, deben multiplicarse cuanto más mejor.

En nuestras legaciones y consulados, hoy infundidos por el mundanismo diplomático, debe entrar el muestuario y la tarifa. Hoy los cónsules europeos no son sino agentes comerciales. Alemania ha conquistado la exportación porque el primer agente de comercio es Guillermo II.

—Le llaman *commis voyageur*!

—A eso, a la política de exportación, hay que atender antes que todo. ¿Es que Marruecos, es que Argelia, son países agotados por el comercio? La América española se halla más lejos de nosotros por los fletes que por el mar.

—Voy a tocar a usted el punto sensible. Se trata de su bandera y de sus entusiasmos: en el programa circular habla el Gobierno de los *latifundios*.

—Sí, tiene usted razón; es mi bandera. Era yo ministro de Agricultura y llevé al Consejo la cuestión. Sagasta me dejó decir: algunos ministros se opusieron, y Morot y Villanueva me apoyaron fogosamente.

Sali de aquel Consejo con un día: me llamaron el ministro *anarquista*. Recordará usted que defendí la reorganización de la propiedad, desde el banco azul, y que, a consecuencia de discusiones más con el Sr. Puigcerver, salí del Ministerio. Pues bien: al encargarse del Poder Silvela, llevó Villanueva al Senado una enmienda radicalísima. Nadie se asombró, y era, como quien dice, mentar la saga en casa del ahogado. A mí seguían llamándome el ministro *anarquista*.

—Por qué—dijo yo.

—Porque al hablar, hablé fogosamente, porque pedí que fuéramos derechos al corazón del problema agrario andaluz, reformando cuanto sea preciso reformar, extendiendo el concepto de la expropiación forzosa por causa de utilidad pública; porque no me cuidé como otros de llevar la toga sin arrugas, de ser meticuloso, pesador, detentidísimo; porque puse en mi hablar un latido joven, porque en lugar de andar con pies de plomo, caminaba aprisa, como un médico que teme llegar tarde.

Tengo el honor de despreciar la gloria, escribió Campoamor irónico. Yo, sincero, tengo el honor de despreciar la elocuencia. Pero esta orador, este Canalejas brioso, ha vestido la saya del color de mis esperanzas, y yo soy hombre al agua, oyendo sus venturosas profecías. Es que en este salón a media luz, mi ensueño de libertar los campos, de emancipar sus hombres, de ver a sus mujeres y a sus niños en el libre concierto humano, surge, hecho casi realidad, del verbo plástico y pictórico de Canalejas. Es que yo, sentido y conmovido, y él, como iluminado, paseándose, hemos sentido volar sobre nosotros el ave sagrada de la sinceridad.

Canalejas, sincero, continúa:

—Por eso, porque yo no vivo sin arrebatos, porque no encarelo mi ardor, porque sé que las grandes cosas de la vida ni se hicieron, ni se hacen, ni se harán sin algo del sagrado fuego juvenil: porque sé que la vejez es enfermedad y la juventud vida, quiero, en todas mis cosas, y en política mucho más, un soplo de entusiasmo y de juventud. Si yo veo que a las Cortes viene un grupo de jóvenes entusiastas, crearé en el partido liberal, en el Gobierno, en nuestro porvenir. Si, por el contrario, el Parlamento se constituye con reumas, y viene la sempiterna pomposidad, el tén con tén ridículo, la una de cal y otra de arena a reglamentarnos, a vigilarnos y a amenazarnos por inquietos, yo no crearé ni en el partido, ni en el Gobierno, ni en lo posible de nuestra salvación.

En este caso de los *latifundios*, en el otro, en el que fuere, yo soy un hombre radical, de lucha y de entusiasmos. La paz para los muertos; de los muertos sólo decimos que «descansan en paz». Las contemporalizaciones, el tén con tén, los pies de plomo, para los vivos y para los inútiles; los que aún no somos setentones y tenemos por dicha actividad, iremos adelante, que es nuestra ley biológica y política.

—Y lo de los consumos?

—Creo sinceramente que se deben, y creo más, que se pueden suprimir. Yo, acaso porque no soy técnico—me he llevado mal con los técnicos—no he estudiado el problema con la minuciosidad con que el Paganel de Julio Verne estudiaba la fauna austral. Pero, en fin, algo me ha ocupado. Sé de sobre que suprimirlos de repente, sin transición, sin ver cómo se han de sustituir, sería una quimera desdichada. La República los suprimió y hubo enseguida que restablecerlos. Camacho antes y Gamazo después, trataron de sustituirlos racionalmente. En nuestros días yo he sido de los más enemigos del impuesto. Porque no es tanto lo que gravan al estómago como lo que veján a la dignidad.

Salir a la pizarra contributiva y pasar la esponja por la cifra que ingresan al Estado, fuera el mayor de los disparates. Dejarlos como están, enflaqueciendo y humillando al pobre, sería un delito de lesa nación. Hay que abolirlos, sustituyéndolos con algo. Cuando Camacho lo intentó no estaba la fruta madurada; yo creo firmemente que hoy lo está, y estoy por afirmar que pasado algún tiempo ya será tarde, demasiado tarde.

Es esta la ocasión, quizás el año de transformar el dicho impuesto. La transición hasta abolirlos, no durará más de cuatro años. Para mí es más claro que la luz: que el Estado lo ceda a los Municipios y en tres ó cuatro años se podrá suprimir del todo.

—Y el statu quo en el Concordato?

—Paso—me dijo Canalejas.

—Se pasa usted con tantos triunfos? Pero, hombre!—Vamos a ver: ¿y las reformas judiciales? Su abolengo de usted es contrario a ellas;—no a las reformas, claro está, sino a las que proyecta Montero Ríos. Siendo usted ministro de Justicia...

—Exacto; soy opuesto a los Tribunales de partido, y el Sr. García, muy allegado al Sr. Montero colaboró conmigo en tal tendencia. A mi paso por Gracia y Justicia dejé un proyecto sobre independencia de Tribunales. No soy opuesto a todas las reformas; creo que la justicia municipal debe salir de la tutoría política en que vive.

—En resumen, querido D. José; usted, perfectísimo ministerial, abundando en las ideas del Gobierno, piensa que los consumos se pueden transformar...

—Inmediatamente.

—Que el problema agrario andaluz debe afrontarse reorganizando la propiedad.

—Cuanto antes, mejor. Recuerde usted que en la Academia de Jurisprudencia he dicho yo, ante el rey, en mi discurso: «La propiedad territorial ha cambiado de carácter y de función. No es un instrumento del Poder, vinculado en clases históricas; a ella no están adscritas por la esclavitud, ni por la feudalidad, ni por ninguna forma de servidumbre, las familias del campo. La propiedad del suelo, representa un capital que se moviliza, así como su garantía hipotecaria». Insisto, sobre todo, en que la política hidráulica por sí sola, con solos sus caminos, canales y pantanos, dejaría el problema como está.

La reforma de la propiedad debe anteceder a esa política; nuestra actual ley hipotecaria es un dogal que lleva el labrador al cuello.

—Y juzga usted que el Parlamento pueda realizar esa obra?

—Repetiré a usted una afirmación más categórica: «O los partidos se nacionalizan, se socializan y se modernizan, ó el régimen parlamentario no prevalecerá por mucho tiempo...»

Yo he puesto como lema de mi artículo estas palabras de un pastor—profeta: «Aborrecedor al que los corregía en la puerta y abominaron del que hablaba lo justo.» Esta política dinámica, de juven-

tud y de fogosidad, en que el incansable Canalejas gasta su potencial talento, suele alborotar contra este hombre todas las tempestades juiciosas. Mas si es cierto que el reinado de la Sinceridad alborota, hora es ya de preguntar muy alto que es este político-temperamento, estas voces que se desbordan, estas leales inquietudes, llevan, en su nerviosidad, el porvenir. Frente al reuma, convertido en institución; sobre la senilidad, llevada a los altares; por cima del andar con pies de plomo, elevado a la categoría de primer Mandamiento, ha de poner España un gran torrente juvenil. Mientras que, a semejanza de los romanos, no empleemos el *Senes deponant*, España, en lo interior, será una merienda de negros, y en lo exterior como una pátula de Europa...

Oristóbal de Castro.

A través del mundo

La mitad de los buques que cruzan los mares pertenecen a Inglaterra.

San Francisco de California, capital de la Alta California, cuenta hoy con cerca de 500.000 habitantes.

Hace cincuenta años, antes de descubrirse las minas de oro, era un pequeño ó insignificante caserío, visitado por algún que otro barco ballenero.

A pocos kilómetros de la orilla, las tierras estaban únicamente habitadas por indios salvajes, sin relación con los pueblos civilizados.

Un año después de descubierta la primera mina de oro, San Francisco contaba con una población de 30.000 almas, y el puerto aparecía lleno de buques de todas las naciones. En cinco años llegó la población a la cifra de 120.000 habitantes.

Ninguna ciudad del mundo ha crecido tan rápidamente.

El clima de California es excelente y produce abundante vegetación. A San Francisco se le llama, como a Niza, la ciudad de las flores.

Al año se recojen enormes cantidades de frutas de todas las clases, y la cosecha de vino pasa de 500.000 litros.

El primer fabricante de Champagne fue un tal Pedro Pérignon, que vivió por los años de 1715 a 1790.

Un hombre sano respira de 16 a 20 veces por minuto; es decir, unos 20.000 al día.

Un niño, de 23 a 30 veces por minuto.

El célebre juez inglés Blackstone, en una curiosa obra, escribe:

«Es sorprendente el número de ascendientes por línea recta que tiene cada criatura humana.

En el primer grado, son dos (los padres); en el segundo, cuatro (los abuelos); ocho en el tercero, y continuando la progresión ascendente, elevase el número a 128 en el séptimo grado; a 1.024 en el décimo, y a la distancia de veinte generaciones pasa de un millón la caterva de antepasados.»

[No es poca gente para producir un hombre! Otro inglés, el profesor Grove, calcula que un matrimonio regularmente fecundo y en el que vivan los cónyuges veintinueve años, puede producir el cabo de un siglo una población de 20.199.975.]

¿Cuánto que tienen entretenimientos raros los sabios!

En Londres cuesta la vida un 40 por 100 menos que en Nueva York.

COMEDIAS Y COMEDIANTES

Lo de Apolo

¿Cálmense los impacientes! Aún sería cosa de aguardar otras veinticuatro horas para poder dar la noticia con absoluta seguridad de que es exacta, y además con todos sus pelos y sesos, para muchos personajes, perdieron ayer el sueño pensando en Apolo, y no quisieron ser culpables de la enfermedad que contrarían si eso durase. Vaya, pues, la noticia, y si luego no se confirma por completo, no se me culpe, culpiése a la intranquilidad de las gentes que no dejan tiempo para inquirir, averiguar y comprobar los rumores circulares: hay quien dice que no se abrirá Apolo porque la Sociedad de Autores le ha puesto el veto, no da el Archivo y sin Archivo no hay modo de que viva un teatro de zarzuela. Así lo ha querido la candidez de los músicos españoles que regalan a la Sociedad un derecho por el cual Fisicovich, aquel tirano contra quien tan airadamente protestaban, solía pagar un puñado de billetes de 100 pesetas, y así ha de ser si Dios no lo remedia.

¿Por qué pone la Sociedad ese veto? La cosa no puede ser más sencilla ni más lógica: la Sociedad tiene para el arrendamiento del Archivo un contrato especial en el que figuran varias condiciones completamente inadmisibles, que ya he comentado varias veces, y entre ellas la limitación del número de ensayos y la limitación del número de ensayos; la empresa de Apolo se ha negado a suscribir ese documento, y la Sociedad, en vista de ello, y sin duda temerosa de que dejando ir una malla se destruya red, no quiere dar el Archivo sin que se cumpla el trámite previo de la firma del contrato.

La Sociedad en eso obra como un casero de los que piden a los inquilinos algo adelantado, año en finanza, la partida de matrimonio, que no haya perros, gatos, loros ni niños menores de treinta y cinco años, y otras cosas por el estilo; pero en el caso del casero, como sueldo le dan cuatro o cinco duros, y el inquilino deja con tres palmos de márgenes al propietario y busca otra habitación; y en el caso de la Sociedad, como ésta tiene por sí el monopolio, no hay sino conformarse ó renunciar a explotar el teatro; retirarse a la vida privada ó llevar los niños a la inclusa, comerse el loro, matar el gato y entregar el perro a los perreros para que le asixien convenientemente.

Pero la fuerza no es una razón, y en este caso concreto, si la fuerza está de parte de la Sociedad de Autores, como siempre, la razón, como siempre también, está al lado de los que la combaten. Es fácil demostrarlo.

En cuatro años de existencia de la Sociedad y a trescientos cuarenta días de función por año, la empresa de Apolo habrá pagado por alquiler de Archivo unos 6.000 duros próximamente, 27.500 pesetas ó cosa así, y lo que a cambio de eso ha dado la Sociedad, es el alquiler de unos papeles cuyo valor intrínseco es de 4.400 pesetas, por donde resulta que sólo por ese rengloncillo la empresa de Apolo ha proporcionado a la Sociedad una ganancia indebida de 23.100; es decir, 30.000 duros en números redondos!

El negocio, como se ve, es de los más sanadidos; equivale a sacar al interés invertido un interés nada módico, un 525 por 100 que ni aun visto desde arriba, como lo veía el usurero del cuento, se parece en nada al misérrimo interés legal.

Es lógico, pues, que la empresa de Apolo se haya cansado de trabajar para la Sociedad, y como además la ley está de su parte y no ya la concede el derecho, sino que la impone la

obligación de hacer las copias de las obras nuevas, y en general todas las obras que se representan en Apolo fueron estrenadas allí, piense en tener Archivo propio con el cual podrá ahorrarse 20 pesetas diarias que hacen un total de 6.800 durante la temporada, y, además, la molestia de ir y venir en busca de papeles a la calle de Nuncio de Balboa, que no es precisamente la Puerta del Sol, y la de aguardar a que los copistas de la Sociedad tengan tiempo disponible para hacer las copias.

Contra esa idea lógica de la empresa de Apolo, que quizás no pidiese tanto y se conformara con la supresión de las condiciones inadmisibles del contrato, ¿qué fuerza tiene la Sociedad? Menos de la que aparenta. Únicamente la que le dan los contratos de exclusividad firmados por unos cuantos músicos con el odiosísimo Fisicovich, contra el cual jamás tuvo que ponerse ninguna empresa en la actitud en que ahora se pone la de Apolo. Fuera de esos contratos, la exclusividad de copiar no existe, y sería fácil demostrarlo; y queriendo los autores, y yo supongo, que si el caso llega querrán, Apolo tendrá su Archivo propio como lo tienen todas las compañías extranjeras, que en esa, entre otras cosas, se diferencian de los *bulbulos* que por acá se estilan, y la Sociedad, por haber pretendido tirar demasiado de la cuerda, perderá esas 6.800 pesetas anuales con las cuales tenía para pagar el sueldo al gerente y aún le quedaban unas pesetillas para el sueldo de un ordenante.

Ahora bien: ¿se llegará a la ruptura? ¿Renunciarán Arregui y Arce a abrir su teatro? ¿Tomarán Archivo y continuarán funcionando sin la Sociedad?

Estas preguntas eran las que yo quería tener contestadas antes de hablar del asunto; pero por hoy han de quedarse sin contestación hasta que el destino, gran solucionador de problemas, vaya desgranando incógnitas.

Entre tanto, tal vez podría hacerse una profecía: si como dicen los maliciosos Arregui siente la nostalgia de la casa editorial y sueña con hacerse cargo, como uno de los mayores obligacionistas, de la Sociedad de Autores, cuando llegue el crack, que parece inevitable, lógico es pensar en la resistencia a todo trance, porque de un momento uno de los motivos del crack puede desaparecer, y los ensueños habrían de desvanecerse.

Según cuentan, la conversión de la deuda de la Sociedad de Autores es ya cosa hecha, y por efecto de ella el Banco Hipotecario amortizará inmediatamente todas las obligaciones en circulación, y la Sociedad, en lugar del 7 por 100 que ahora paga, pagará el 5, con lo que su vida podrá ser más fácil y desahogada, sin perjuicio de que siga ahogando a los demás.

¿Será eso cierto? ¿Será esa certeza uno de los motivos de la actitud de Apolo? Ni afirmo ni niego; para averiguar todas esas cosas y algunas más, eran necesarias más de veinticuatro horas, y la impaciencia de mis lectores me ha impedido tomarne una próroga.

Conste, pues, que lo transcrito es lo que se dice donde suelto saber esas cosas; pero que por mi parte, hoy las noticias sin garantizar no quiero andar en rectificaciones estemporáneas.—**RA.**

LECTURAS PARA LA MUJER

CEREMONIAS NUPCIALES

Entre las costumbres que más llaman la atención en los pueblos antiguos, están las de las ceremonias matrimoniales, a las que se ha concedido siempre excepcional importancia.

Así, entre otras, se conservan curiosos ritos simbólicos y costumbres arcaicas, las cuales influyen sólo sobre el pueblo, sino también en los palacios reales.

Ahora, con motivo de la boda del príncipe heredero de Alemania, se ha verificado la danza de las antorchas y la distribución a los invitados de pedacitos de seda azul, como fragmentos de la liga de la princesa Cecilia.

Muchos han creído que estos ritos matrimoniales eran exclusivos de la casa reinante de Brandeburgo, pero son algo más que eso: vestigios y usos de la caballería.

Toda boda de príncipe exigía antes un torneo que terminaba por una danza a la luz de las antorchas; el héroe era el caballero vencedor, y la heroína la dama que le había entregado el premio. Abandonados ya los torneos, queda aún la última parte: la danza de las antorchas.

En 1706, cuando el que fué luego Federico I se desposó con la princesa Sofía Dorotea de Hannover, ella danzó con sus hermanos, y entre tanto se agitaron doce antorchas blancas, sostenidas por generales, ministros y altos dignatarios de la corte de Prusia. Más tarde, los ministros sólo tuvieron tal privilegio.

Poco a poco, esto no fué más que una ronda solemne que desapareció de las fiestas nupciales en 1853, quedando olvidada entre los antiguos usos del pasado, hasta que el emperador actual trató de revivirla en 1884 y quiso resucitar la vieja y tradicional costumbre.

En cuanto a la distribución entre los invitados de fragmentos de la liga de la desposada, la Alemania la importó de Inglaterra, donde es accesorio de *toilette* femenina fué elevado por Eduardo III, enamorado de la condesa Salisbury, a la dignidad de orden nacional.

En el siglo XVII estaba en uso que la liga de la desposada figuraba del primero que la arrebataba, y apenas se pronunciaba la bendición del sacerdote, tenía lugar una escena poco edificante.

En la corte de Prusia, el maestro de ceremonias recibía la liga de la recién casada y la distribuía en menudos pedacitos entre los señores presentes, a guisa de recuerdo.

Cada fragmento llevaba la inicial de la novia y una corona bordada. Fué en el año 1716 cuando las ligas se repartieron por primera vez entre los invitados.

Después de 1793, esta costumbre está inscrita en el protocolo de los matrimonios reales de la casa de Prusia.

COLOMBINE

Lord Minto

nuevo rey de los Indios ingleses

ACTUALIDAD

EL CIRCO DE PARISH



Las nueve señoritas Tartakoff Life Guarde Kossaks

Lo que cuesta un clown

Es de los números más caros. Un buen clown no se encuentra por menos de setenta duros diarios.

La pareja Weidemann que trabajó en anteriores temporadas, costaba a la empresa 245 pesetas diarias.

Little Pich, el famoso bufo que se presentará de nuevo esta noche al público, viene ajustado en sesenta y cinco duros diarios.

El bufo parodista Fields también tenía un sueldo análogo.

Es el número *personal* más caro y del que no puede prescindir ninguna compañía, necesitando también más de uno.

Los hay también más baratos hasta de tres duros, pero éstos no sirven para el caso, ni aun haciendo cosquillas.

¿Lo que cuesta hacer de reír al público! Las envidias que existen entre los artistas de circo son mayores entre los clowns.

Siempre están acachándose, para sorprenderse un trabajo nuevo y anticiparse a darlo a conocer al público, a pesar de que en la apariencia son los mejores amigos del mundo.

Su fundación

Antes de colocarse la primera piedra en el edificio que hoy es Circo, construyó otro provisional el mismo empresario en la calle de las Infantas, frente a la de las Torres. Los trabajos se llevaron con tan extraordinaria rapidez, que a los catorce días de empezarse se daba la primera función.

Poco después, en el año 1873, se comenzó la construcción del actual, inaugurándose al año siguiente.

Comprometióse el actual empresario a pagar en anualidades el alquiler del terreno, pagando 8.000 duros durante veinte años, quedando entonces como dueños del Circo los del terreno.

En la época en que se levantó el edificio, todo lo que hoy es plaza y la calle del Bar-

Los números sensacionales

También salen a las empresas por un ojo de la cara.

Los domadores de fieras cuestan un dineral, pudiendo decirse que por término medio no ganan diariamente menos de 1.000 pesetas, sin incluir viajes ni otros gastos.

El número de los elefantes de la temporada última fué el más caro de todos.

Hicieron el viaje a Madrid por cuenta de la empresa y tuvo ésta que construir un vagón especial para conducirlos, porque los ferrocarriles españoles no tenían ningún coche que pudiera servir para la conducción.

Un célebre domador de leones que sólo actúa en Nueva York, Londres y París no cobra menos de 1.000 francos por noche. Tiene enseñados los animales a la palabra, y más que fieras parecen humildes corderos.

Pero me hizo notar Leonard que estos números no agradan en España, ni en el Medio día de Francia.

Acá no gustan más las emociones; un león que no respeta al domador y que éste tenga en peligro constantemente su vida, es lo que más cautiva a nuestro público.

Hay otros números que no pueden trasearse a Madrid.

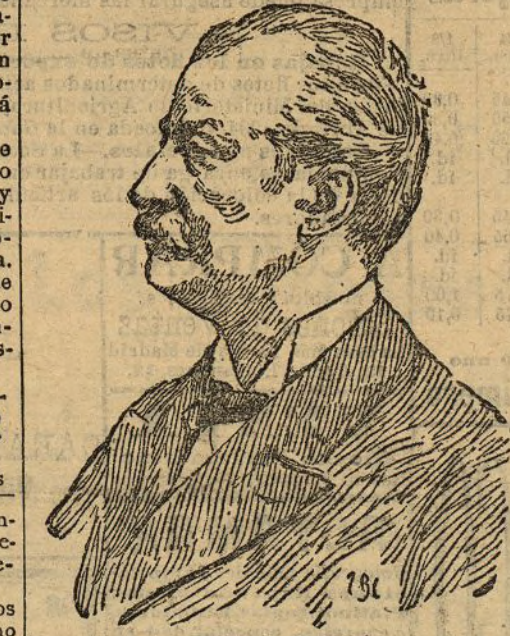
Las pantomimas de gran espectáculo, que necesitan decoraciones y un numeroso personal, es imposible ponerlas en escena. Los gastos son muchos y el público no tiene paciencia para verlas muchos días seguidos, único medio de poderlas montar.

Lo mismo que con las pantomimas, ocurre con los bailes de gran espectáculo.

Los que trabajan más barato

Los artistas ingleses y americanos, cada uno en su trabajo, son los más caros.

El inglés, por nada del mundo acepta un



Williams Parish

quillo era campo; no había levantado por aquel lugar ni una sola casa.

Las construcciones empezaron bastante después y aprovechando los propietarios de aquellos terrenos la vida que adquirió la población al funcionar el Circo.

Un madrileño nacido en Londres

Así puede llamarse a Williams Parish, que nació en Londres en 1847.

Reside en Madrid desde antes del año 63, y en todo el tiempo que lleva de permanencia en la corte muy pocas veces se ha ausentado. Hace seis años marchó a Londres, después de muchos que no le visitaba, y en su pintoresca charla me decía:

—No quiero volver a salir de Madrid! Qué velocidad de trenes, qué costumbres aquellas! Y, en efecto, desde entonces no ha sido posible conseguir salir de Madrid.

Cuando termina la temporada se dedica a preparar la próxima, viendo qué números de atracción podrán agradar más al público pero todo desde casa de Madrid. Si hay que realizar algún viaje, Leonard se encarga de ello. Puede decirse que Williams es la cabeza que dirige y Leonard el brazo que ejecuta.

A pesar de su amor a España, y sobre todo a Madrid, y de su larga permanencia en la corte, no ha podido dominar nuestro idioma; por eso puede decirse de Williams Parish que es un madrileño nacido en Londres que no habla castellano.

Una anécdota curiosa

En la larga vida de director de Circo (más de treinta años) no son pocas las peripecias que han ocurrido a Williams Parish.

Cuando estalló la revolución del 68, vivía en una casa de la calle del Piamonte.

Una noche, al dirigirse a su domicilio, le dió el alto una compañía; contestó sin que le entendieran, viendo al sereno contar el chuzo levantado como si tratase de iluminar el sitio a donde las tropas debían dirigir la puntería.

Indudablemente los tiros eran para otro y en la oscuridad de la noche le habían confundido; pero no era ocasión propicia para entretenerse en dar explicaciones. Corrió cuanto pudo, subió las escaleras con la mayor rapidez posible y los soldados detrás.

Gracias al sereno, no recibió una descarga Parish. El vigilante nocturno llegó a tiempo para convencer a la tropa que aquel señor no era el que buscaban.

Nunca he visto la muerte tan cerca, me decía Williams al referirme esta anécdota.

Circo de "varietés"

Ya hace algún tiempo que Williams, al organizar las compañías, lo hace en distinta forma de como suelen hacerlo el resto de las que trabajan por España.

Los caballos se han suprimido en el Circo de la plaza del Rey, con beneplácito del público.

Resultan molestos por la arena que cae a los espectadores que ocupan las primeras filas de sillas, y además es muy poca la variación que puede darse a estos números.

Los artistas que a caballo saltan un aro, una cinta, tendrán mucho mérito, demostrarán con ello gran habilidad; pero no convencen, como tampoco lo que se llama volteo a caballo.

Son números en que por mucha que sea la habilidad del artista que los ejecuta, para el espectador son siempre iguales.

Lo que se llama Circo de *varietés* es por ahora la última palabra en esta clase de espectáculo.



El atleta Lionel Strongfort

contrato por menos cantidad que la que él cree ganar; prefiere no trabajar a ceder ni cinco céntimos de su sueldo.

Lo mismo le ocurre al americano.

En cambio, los alemanes y los italianos trabajan por lo que les dan cuando no tienen contrato. Procuran imitar los trabajos de los demás artistas y se ofrecen luego por menos cantidad. La cuestión para ellos es trabajar siempre y darse a conocer de todos los públicos.

Los norteamericanos, sin duda tomando el ejemplo del célebre empresario Barnum, abusan mucho del reclamo; antes de hacer su presentación, se llevan un mes fijando por las esquinas pomposos anuncios. Y después, muchas veces, a pesar de ello, fracasan.

La temporada actual

Entre los artistas que trabajan esta noche figura Lionel Strongfort, ya conocido también del público por el atleta del automóvil, y del cual circula el rumor de que había sido aplastado en Valencia.

Figura una *troupe* de nueve señoritas cosacas, uno de los números más difíciles de contratar.

Generalmente, estas familias, cuando empiezan su *tournee*, van quedándose en las poblaciones que recorren, y lo que en un día

